20.000

Diez
relatos
espeluznantes

ÍNDICE

Por veinte lucas	10
Sin pepas	22
El profesor	32
Cronología del daño	46
Euforia	64
Relato de un antihéroe	76
Solo fui a comprar	90
Las cinco de la tarde en algún lado	102
100 sensaciones	114
Por la madre, cualquier cosa	126

Nota Editorial

Todos hemos pasado penurias para conseguir hierba. Todos hemos hecho gala de una valentía que no tenemos para obtener migajas de una planta como cualquier otra, pero satanizada por la ley, solo por la ley, lindando con lo ridículo.

No estamos discutiendo los beneficios o depravaciones de un vegetal casualmente llamado droga en vez de ensalada. No estamos promoviendo el mal por sobre el bien ni viceversa. Lo que buscamos es demostrar que la persecución es siniestra y es una solución retrógrada al problema de la drogadicción (si es que la marihuana juega un rol en eso).

Por esa razón organizamos el Primer Concurso Literario Sobre la Ilegalidad de la Marihuana en Chile (ojalá el último), invitando a autores jóvenes a escribir desde la perspectiva del terror narrativo historias nacidas del escenario perverso que genera la ley 20.000. Este libro contiene una selección de los diez mejores relatos que participaron de dicha convocatoria.

Se agradece a Álvaro Bisama, Alejandro Zambra, Simón Espinosa y Nelson Ávila como jurado encargado de elegir un ganador y dos menciones honrosas de los cuentos que están en este libro. Además la participación de Kushbreak y Librería Nueva Altamira que premiaron a los ganadores con sendas pipas de agua y libros, respectivamente; y a The Clinic y En Volá por apoyar la difusión del concurso.

Ora más alto vuelen, más difícil será para el pulpo imbécil alcanzarlos de los pies y obligarlos a razonar en su lógica parapléjica.



A Manuel Lagos, nuestro John Sinclair

Por veinte lucas

L. Byron Watsabro

Abro los ojos como si mis párpados fueran dos cortinas metálicas. No sé dónde estoy, pero sí sé que la luz es débil y proviene de una ampolleta sucia que cuelga del techo. A unos metros veo dos siluetas sentadas frente a frente en una mesa que topa con la pared contraria. Veo sus posturas encorvadas, encaramadas sobre algo que está en la mesa, y luego vislumbro sus perfiles espectrales en el claroscuro y pienso que quizá tenían razón los canutos delirantes y las viejas locas, las viejas menopáusicas que andaban por la calle con los nervios atados creyendo saber lo que estaba bien y lo que estaba mal; las viejas como mi abuela y mi tía. Me duele el pecho y la cara me arde y no sé por qué mierda pienso en mi abuela y en esas viejas fanáticas que nunca se despegaban del rosario y que todavía se arrodillaban fervorosamente los domingos ante la figura de un hombre hecho pedazos, torturado y sangrante, y puesto como si fuera un carnero en una cruz, y coronado de espinas que le horadaban las sienes y le ensartaban la parte posterior de los globos oculares. El pobre hombre de palo llevaba dos mil años

con las costillas laceradas y la espalda con carne al rojo vivo, hecha mierda a latigazos. Los clavos atravesaban la madera y sus muñecas y sus pies, y él, cuando el escultor era bueno, exhibía un rostro deformado por el dolor y una mirada vidriosa y terrible, casi inhumanamente suplicante. Las siluetas borrosas que veo frente a la mesa parecen maniquís hechos de madera.

Quizá las viejas tenían razón al no sentir indiferencia, al sustituir el asco por una confusión galopante de culpas, de arrepentimientos y miedos, pero por sobre todo esto último. Esto último era lo importante, lo que valía. Valía más que la chucha. No era exclusivamente necedad y oscurantismo entrelazar los dedos y mirar hacia lo alto con los ojos cerrados y abiertos; no era totalmente absurdo soportar el tufo rancio que decía cosas, ese vapor avinagrado y tibio que se colaba por las ranuras del confesionario, y luego salir y adoptar una postura cabizbaja y decir los rezos ordenados por ese aliento rancio con un temor sincero; asumir que éramos hormigas, simples accidentes de una voluntad mayor; hormigas de la forma que fuera, divina o azarosa, pero hormigas, microbios, gérmenes volátiles y ciegos de su destino miserable.

¿Qué mierda estoy haciendo aquí en un rincón oscuro pensando en los putos curas? ¿Quiénes son estos hueones? ¿Dónde cresta estoy y por qué siento una ebriedad extraña circulando por mis arterias y me ataca una náusea desconocida?

Veo de nuevo sus perfiles espectrales y no puedo moverme; veo sus pómulos cadavéricos y puntudos, veo que mueven la boca y ríen macabramente; y todavía tengo la sensación de haber visto hace mucho tiempo a una de las caras, de haber compartido tardes con esa máscara consumida, cuando esta aun era una piel joven y no cuero, pellejo seco y grisáceo. Veo que el del rostro consumido saca un cuchillo del bolsillo y lo clava en la mesa y luego ríe y le arrebata la botella al otro espectro. El otro se levanta de su silla y saca otra botella de un minibar herrumbroso. La abre con los dientes y se manda al buche un sorbo animal; y luego ríe, supongo que toma una baraja, y comienza mover el cuello como una paloma atorada. Yo sé que los dos muertos vivientes están encadenados a una carcajada ebria, pero no los oigo bien, apenas oigo una vibración, un repiqueteo sordo que sale de sus fauces. Es como si tuviera los oídos tapados con cera. Y tras cada segundo que pasa me parece que hay un aire viscoso y extraño que surca la pieza y me distancia de ellos; yo estoy tendido de espaldas sobre un suelo frío y duro, pero ellos, sin mover más que los brazos para arrojar cartas a la mesa, cada vez me semejan más lejanos y borrosos. Inútilmente trato de mover una pierna. Inútilmente procuro levantarme o moverme para huir. Siento un pañuelo invisible que me amordaza; es la angustia bruta de una pesadilla, es un calambre en el pecho; siento que incluso me falta la fuerza necesaria para dar un parpadeo y en seguida vuelvo a pensar que

las viejas temerosas no eran tan estúpidas; pienso que tenían razón de un modo torcido, no en cuanto a los medios pero sí en cuanto a llegar a eso, al temor, a saber que muchas veces el temor es un instinto, un medio de defensa. Tal vez muy tarde, al mirar cómo ríen los espectros borrachos, llego a comprender que la precaución muchas veces camina dudando, camina como una niñita de cuatro años tomada de la mano del miedo. Estoy mareado. Me ha vuelto el mareo y la sensación de no tener sangre en las venas, la sensación de estar relleno de algodón y poblado de ecos sordos. Los espectros huesudos siguen riendo cada tanto y yo ya percibo todo como si estuviera debajo del agua, de forma lenta, como si estuviera hundiéndome en una oscuridad abisal. La ampolleta se va desvaneciendo como un faro que queda rezagado en la costa y yo siento una puntada en alguna parte del torso y se me agita el pecho y al fin logro sacudir algo, una puta corazonada tardía; relampaguean dos, tres fogonazos súbitos en algún páramo cerebral y recuerdo con estupor el motivo exacto que me trajo a esta pieza horrorosa, a esta habitación con las paredes descascaradas donde dos espectros del hampa mandibulean y vociferan mientras juegan cartas.

Ya sé quiénes son los espectros que ahora hacen una pausa al juego de cartas y le enrollan la cara a Andrés Bello para fabricar una aspiradora; ya sé quiénes son los chuchesumadres que quizá prolongan su nariz voraz con el mismo billete que traía yo en el bolsillo cuando

me bajé de la micro en Carrera con Los Húsares; cuando caminé dos cuadras y esquivé la mirada recelosa y angurrienta de un centinela sopaipilla, y después doblé en General Platt para llegar al pasaje Cinco Oriente; ya sé por qué chucha llegué acá, a la casa donde la vieja que me vendía pitos hace dos o tres años. Ya sé por qué estoy tendido en esta ratonera, pero desconozco la razón de esta embriaguez total, de los músculos agarrotados y de sentir las articulaciones soldadas. Creo que debería haberme aguantado el antojo, no haberme metido en este laberinto de pasajes estrechos y rostros recelosos y zapatillas colgando de los cables de la luz; debiera haberme aferrado a la volá de los pastores evangélicos y creer que la marihuana llevaba a la perdición. Son unos imbéciles milenaristas, son unos hipócritas, ¿pero de qué me sirve saber que la hierba no tiene la culpa? La hubiese visto hoy por la tarde como perdición. Sí, la hubiese visto así y no estaría acá, a merced de estos espectros; no tendría este mareo insufrible que me debilita y me aterroriza. Cállate y trata de pararte, hueón, dice de pronto una conciencia dentro de mi conciencia; déjate de pensar hueás y ándate de aquí, ahueonao. Trata o te tiraste; levántate y aprovecha que están curaos, levántate y no hagai ruido.

Estoy tieso y las calaveras siguen jugando cartas y gesticulan con las manos. Estoy tieso, con los músculos contraídos y la boca un poco reseca y ese instinto sigue repitiendo adentro de mi cabeza: levántate, levántate

o te vai a cocinar. ¡Levántate y vírate! Y yo sigo duro como una estatua, pero mi voluntad rema a la contra, rema escapando de una ola y después de unos segundos logro parpadear y los colores se hacen más vivos; las calaveras de los espectros se recubren de piel y de carne nuevamente y me es posible captar sonidos, comprender algunas palabras que escapan de sus labios, y súbitamente irrumpe otra voz interior, un aullido subterráneo en mis entrañas que retumba y destroza la quietud y los cristales tiznados que recubren mis retinas... ¡Ándate, hueón, ándate ahora, ahora! ¡Ahora que te van a matar, ahora!

El miedo grita y ya distingo el coa nítidamente y sé que están hablando de la mexicana que les hicieron otros narcos la semana pasada. El miedo chilla y despierta a la adrenalina y por fin ésta se sacude furiosa y sale del letargo. Distingo una ventana abierta y sé que mi única oportunidad es ahora. Muevo las manos y me arrastro silenciosamente mientras los espectros discuten y se mandan otra línea a la ñata y se ensimisman en las cartas y en sus botellas.

Es ahora, ahora o nunca, me digo. Las voces de las conciencias gritan y me levanto a dos metros de la ventana abierta y antes de que pueda encaramarme y saltar hacia fuera las paredes se doblan y las imágenes se distorsionan y mi mentón se hace acero y el suelo se transforma en un imán salvaje y caigo de hocico y la risa de los espectros estalla a mis espaldas como un

coro de ecos. Ruego como no lo hacía desde la infancia y por más que lo intento no puedo pararme. Las voces interiores siguen gritando. Logro ponerme en cuatro patas y acercarme a la ventana, logro ver un foco en un poste y una luna amarillenta y un par de estrellas, pero en seguida una patada en las costillas me levanta por los aires y me vuelve a dejar acostado, pegado a la pared.

—¡Jajaja! Se despertó el cochino culiao, ¡oeee!... Se quería ir, el perla.

—¡Manso porrazo que se dio el chuchetumare!

Ríen rodeándome mientras yo los miro hacia arriba y siento que el suelo palpita bajo mi espalda.

—¡Jajajaja, cochino culiao, ta entero volao, no puee ni caminar el caallo culiao!

—Sí, po —dice el dueño de la cara familiar—, si le metimo la droga culiá esa que nos dio el indio Maldonao, esa que ocupan los culiaos del FBI y la CIA y los panameños y que hace que los hueones suelten la legal.

—Jajaja, pero no puee ni caminar...

—Me importa una huea si camina o no camina o si vuela o no vuela. Lo que me importa es recuperar la merca, porque si no la recuperamo mi hermano nos va a colgar de los cocos, chuchetumare.

—Eh...

—Me puso el meo mangazo el gil culiao ante que pudiéramos dormirlo —dice el cara conocida y se soba un pómulo con una mano—. Tss, tuvimo que agarrarlo enshre shre. Tení cualquier fuerza, feo culiao.

—Le voy a sacar la güincha al tiro pa que suelte la pepa —dice el otro y se agacha, me pone una rodilla en el pecho y me saca la mordaza de un tirón.

—Ahora sí que la vai a cantarlas claritas, embarrao... ¿o de nueo te la vai a dártela de héroe, heshizo y la conshetumare? No te quisimo pegarte un tunazo porque necesitamo saer dónde está la merca que nos guachipitió tu primo, gil culiao.

—¿Qué... qué primo? —respondo sintiendo que el mareo ha vuelto y es peor que nunca. Las murallas se mueven y las caras se me hacen borrosas en cosa de segundos.

—Tss... vai a seguir con la hueá —dice el cara conocida y me mira directamente a los ojos y le hace una seña al otro.

El de semblante familiar persiste entornando los ojos achinados un rato, como si acaso buscara algún gesto, algún rastrojo, algún musgo del pasado. El otro, que es bajo y da la impresión de estar en un escalafón inferior, me levanta como a un muñeco de trapo y me sienta en una silla y después me tira un vaso de agua en la cara. Ni siquiera el agua fría logra aplacarme la sensación de embriaguez y distorsión, la sensación de haber mezclado ácido con neoprén. El cara conocida me comienza a interrogar.

—Ya, agradece que mi hermano anda vacilando en el eshranjero y yo tengo corazón de abuela.

—Pero qué cosa... —respondo y siento que mi boca se anega, que mi lengua se hace más traposa.

—Qué cosa..., qué cosa —repite imitándome—. ¡Habla caallo culiao! ¡¿Dónde está la merca que se pelaron los soldaos de tu primo el juees pasao?!

—Pe... pero si yo tengo... yo tengo puras primas...

El cara conocida hace un amague de golpearme y va a buscar el cuchillo enterrado en la mesa. Entonces siento que algo líquido recorre mis piernas y que ya no tengo voces interiores y que no puedo hacer nada, ni siquiera despegarme de la silla, ni siquiera levantar las manos. El mandado comienza a reírse y a mandibulear.

—¡Se está meando! ¡Jajaja! ¡El culiao se está meando!

—Ya cállate vo culiao, seguro vo no taríai igual —le dice el cara conocida y yo ya sé que lo he visto en otra parte, que su voz me lleva a otra voz.

—Ya pero pa qué la foca... parece que la droga que te dio el Maldonao no sirve na mucho, oee.

—No, perkin culiao, si la hueá funciona oh te toi diciendo... a cualquiera se le cae el caset con esta hueá. Por eso es raro que esté inventando pescás... ¿Estay seguro que este culiao es primo del care camello?

—Tss... si lo he visto caleta e veces en la cancha del barrio.

—Yo no tengo primas... yo... no tengo... —digo con un retorcijón en el estómago.

—¡Tate piola vo culiao! —grita el cara conocida y me acerca el cuchillo a los ojos y con la otra mano me da vuelta la cara de un cachetazo. Después mira al otro y pregunta: — ¿Seguro que...?

Un reggaetón irrumpe de improviso y el mandado parte a la mesa a pegarse otro saque. Yo veo que el cara conocida saca un celular del bolsillo y escucha atento y se le va agriando el rostro. Al rato corta, se mete el celular al bolsillo y se restriega los ojos achinados. Entonces se acerca furioso hacia mí y siento el hielo, el tempano en el estómago que va mudando en fuego. El otro despega el rostro de la mesa y me mira con las corneas moteadas de sangre y la boca abierta. El cara conocida habla:

—Los mellizos y el cebao recuperaron la carga, la tenían escondía en el carrito e completos de la guatona pelá... pero le pegaron un balazo al cebao y ahora está en la posta y ligerito se va a ir pal otro lao... por eso lo vengué por adelantao. Ya chuchetumare, deja e jalar... deja e jalar enviciao culiao, ¡te dicen oe!... que tenemo que ir a buscar la merca al toque.

De nuevo siento que estuviera relleno de algodón, pero ahora es algodón mojado y sucio y pegajoso. El cara conocida otea cómo me llevo los brazos a la guata. No siento dolor. Es extraño pero no siento dolor. Siento náusea, una náusea áspera, y cierro los ojos y al abrirlos veo al cara conocida chispear los dedos, y ese movimiento me trae el recuerdo de golpe, trato pero no consigo decir el nombre que recuerdo; me atoro, me ahogo y veo la cara de mi vieja y mi nombre escrito en una lápida y a mi abuela rezando en una iglesia; pienso que mi vida no valía veinte lucas, pero que por veinte lucas de pito y por parecerme al primo de un narco se